



This is the **accepted version** of the article:

Úcar, Xavier; Riera Romaní, J., ed. «Presentación». A: Concepto, formación i professionalización del educador social, el trabajador social y el pedagogo social: un enfoque interdisciplinar e interprofesional. València (ES): Nau Llibres, 1998.

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/251583>

under the terms of the CC BY NC license

Referencia:

ÚCAR, X. (1998) "Presentación", pp. 9-11, en RIERA, J. (1998) **Concepto, formación y profesionalización del educador social, el trabajador social y el pedagogo social**. Nau llibres. Valencia.

PROLOGO

Nos movemos en el ámbito de lo social. Por definición y por historia, ámbito vivo, complejo, dinámico y en perpetua evolución. Lo social se resiste a los diagnósticos y a las fotografías; cuando leemos los primeros o revelamos las segundas, la instantánea obtenida de la realidad social ya es antigua, y la nueva, la actualizada, se nos está escapando de las manos en ese mismo momento. La realidad social envejece mientras la nombramos. Capturarla en esquemas de interpretación, que resulten a la vez útiles y reveladores, se nos antoja una empresa difícil y arriesgada.

En el ámbito de lo social, lo que aquí se trata es la realidad de la intervención socioeducativa que, a la complejidad y dinamismo comentados, añade como características actuales, una gran heterogeneidad y, en consecuencia, una suerte de indefinición. Esto todavía complica más la captura, la caza de esta realidad tan cambiante. Efectivamente, tanto los espacios concretos de la intervención, como los mismos intervenentes y los rasgos específicos de la propia acción intervenciva, han ido evolucionando y cambiando -sobre todo a lo largo de las últimas décadas- a medida que se han modificado y ampliado las necesidades de las personas, de los grupos sociales y de las comunidades.

Las nuevas profesiones socioeducativas, que dan respuesta a muchas de estas necesidades, no aparecieron de manera casual; se originaron en el mismo seno de la realidad social y fueron las propias comunidades las que intentaron poner remedio a sus problemáticas "inventándose" una multitud de formas innovadoras de intervención socioeducativa. Así aparecieron una multiplicidad de intervenentes que respondían a denominaciones muy diversas: animadores cívicos, sociales, socioculturales, turísticos, deportivos, de la tercera edad, etc.; también educadores cívicos, en medio abierto, en medio cerrado, de ocio, especializados, de tiempo libre, de adultos, de calle, etc.; otros como, agentes de desarrollo local, emprendedores, monitores, animadores socioeconómicos y un largo etcétera. La realidad de la intervención era entonces heterogénea, multiforme y muy variada, producto de la variabilidad de situaciones y de una aparición espontánea, no planificada.

Todavía no hemos cumplido una década desde el momento en que el sistema educativo formal se hizo eco tanto de las necesidades sociales susceptibles de intervención socioeducativa como de la formación de los profesionales que podrían atenderlas. Numerosos hitos jalonan este proceso de captura que pretendía conocer, ordenar y sistematizar las intervenciones socioeducativas que se estaban produciendo en la realidad social. Mención obligatoria merecen las “Jornades sobre la formació d’educadors i agents socioculturals” celebradas en Barcelona en 1988. La captura de aquella realidad esencialmente diversa en un esquema de interpretación coherente puso las bases de lo que posteriormente sería la Diplomatura de educación social. Los perfiles profesionales y las funciones que aquellos deberían cumplir en la realidad social quedaron prácticamente definidos en aquellas jornadas. En el ámbito de la intervención socioeducativa y, por tanto, en el ámbito de lo social comenzaban a concretarse algunos límites, algunas fronteras.

Este ordenamiento de la realidad de la intervención se hizo, sin embargo, dejando fuera a toda una serie de profesionales de lo social que tradicionalmente se habían ocupado de la intervención en este campo. Me refiero a los entonces “asistentes” y ahora “trabajadores sociales”. Afortunadamente, ya están lejos los tiempos en que la pedagogía obviaba el problema diciendo que los asistentes sociales “hacían tareas asistenciales” mientras que los educadores “hacían tareas educativas”. No es extraño que la pedagogía y los mismos educadores y pedagogos hayan sido contemplados con un cierto recelo desde los profesionales del trabajo social. Hoy es del todo evidente que unos y otros comparten el mismo espacio interventivo y que están “condenados” a trabajar juntos y a entenderse. Al igual que resulta también claro que difícilmente un único profesional -sea el trabajador social o el educador social- podrá hacerse cargo de la herogeneidad de problemáticas que presentan las diversas realidades sociales.

Los educadores sociales aparecieron por “generación espontánea” porque la complejidad de la realidad social sobrepasaba la formación de los trabajadores sociales y demandaba intervenciones más diferenciadas y especializadas. Es cierto que también los trabajadores sociales han ido evolucionando en sus intervenciones y que, en los últimos tiempos, han ampliado el abanico de funciones añadiendo a la asistencia y a la gestión de recursos, tareas de promoción social, cultural o socioeducativa. Aun así, difícilmente podían proporcionar todas las respuestas que las comunidades necesitaban y demandaban. Como profesionales, el educador social y el trabajador social comparten “apellido”; ambos, -en referencia a su ámbito de intervención- son sociales y ambos, también, pueden dar una respuesta más ajustada y especializada a las problemáticas comunitarias.

Desde el ámbito de la pedagogía social era necesario continuar con esa especie de captura de la realidad que nos obliga a delimitar ámbitos, funciones, relaciones, y responsabilidades. Era una necesidad también sentida por los propios profesionales -tanto educadores como trabajadores sociales-. A menudo, el ejercicio concreto de las funciones, que ambos tienen asignadas en un mismo servicio, supone solapamientos o espacios de indefinición. Era necesario, por último, delimitar de una vez por todas las funciones sociales y profesionales de un perfil profesional que, desde la pedagogía, todos defendemos pero que pocas veces concretamos: el pedagogo social.

A esta segunda captura -como señalábamos al principio, difícil y arriesgada-, se aplica el profesor Riera en esta obra. Su trabajo es serio, riguroso, sistemático, y bien documentado. Su trabajo es sobre todo útil porque nos ayuda a todos los que vivimos de cerca las problemáticas y la evolución de las intervenciones socioeducativas -profesores, profesionales concretos, administraciones, etc.- a clarificar conceptos y a delimitar espacios y funciones.

Ya se ha apuntado lo difícil que resulta establecer límites y fronteras en lo social. Lo más sencillo es abandonar la caza con el pretexto de que la presa es peligrosa y demasiado cambiante. Por el contrario, lo que hace el profesor Riera es armarse de un buen instrumental teórico-práctico que le permita homogeneizar el análisis y comparación de los tres profesionales y, a partir de ahí, poner en marcha un “safari científico” que no solo delimita, define y concreta las funciones del pedagogo, el educador y el trabajador social, sino que además nos proporciona un modelo integrador de la intervención de cada uno de estos profesionales. Modelo que, sin duda, las Administraciones deberán conocer dado que les facilitará la reorganización de funciones, profesionales y servicios.

La complejidad de la realidad social demanda nexos relacionantes antes que fragmentaciones y compartimentalizaciones estancas. Jordi Riera propone un modelo que delimita unas zonas especializadas de intervención para cada uno de los profesionales, pero también una zona común de intercambio, colaboración y enriquecimiento mutuo. En este sentido me parece un planteamiento absolutamente actualizado y orientado hacia el futuro.

Xavier Úcar Martínez